

EL ENTIERRO

A Julio Cortázar

Por Amparo DÁVILA

Dibujos de José Luis CUEVAS

VOLVIÓ EN SÍ en un hospital, en un cuarto pequeño donde todo era blanco y escrupulosamente limpio, entre tanques de oxígeno y frascos de suero, sin poder moverse ni hablar, sin permiso de recibir visitas. Con la conciencia vino también la desesperación de encontrarse hospitalizado y de una manera tan estricta. Todos sus intentos de comunicarse con su oficina, de ver a su secretaria, fueron inútiles. Los médicos y las enfermeras le suplicaban a cada instante que descansara y se olvidara, por un tiempo, de todas las cosas, que no se preocupara por nada. —Su salud es lo primero, descanse usted, repose, repose, trate de dormir, de no pensar... — Pero, ¿cómo dejar de pensar en su oficina abandonada de pronto sin instrucciones, sin dirección? ¿Cómo no preocuparse por sus negocios y todos los asuntos que estaban pendientes? Tantas cosas que había dejado para resolver al día siguiente. Y la pobre Raquel sin saber nada... Su mujer y sus hijos eran acompañantes mudos. Se turnaban para acompañarlo, pero tampoco lo dejaban hablar ni moverse. —Todo está bien en la oficina, no te preocupes, descansa tranquilo. —Él cerraba los ojos y fingía dormir, daba órdenes mentalmente a su secretaria, repasaba todos los asuntos, se desesperaba. Por primera vez en la vida se sentía maniatado, dependiendo solamente de la voluntad de otros, sin poder revelarse porque sabía que sería inútil intentarlo. Se preguntaba también cómo habrían tomado sus amigos la noticia de su enfermedad, cuáles habrían sido los comentarios. A veces, un poco adormecido a fuerza de pensar y pensar, identificaba el sonido del oxígeno con el de su grabadora, y sentía entonces que estaba en la oficina dictando como acostumbraba hacerlo, al llegar por las mañanas; dictaba largamente hasta que, de pronto y sin tocar la puerta, entraba su secretaria con una enorme jeringa de inyecciones y lo picaba cruelmente; abría entonces los ojos y se encontraba de nuevo allí, en su cuarto de hospital.

Todo había empezado de una manera tan sencilla que no le dio importancia. Aquel dolorcillo tan persistente en el brazo derecho, lo había atribuido a una simple reuma ocasionada por la constante humedad del ambiente, a la vida sedentaria, tal vez abusos en la bebida... tal vez. De pronto sintió que algo por dentro se le rompía, o se abría, que estallaba, y un dolor mortal, rojo, como una puñalada de fuego que lo atravesaba; después la caída, sin gritos, cayendo cada vez más hondo, cada vez más negro, más hondo y más negro, sin fin, sin aire, en las garras de la asfixia muda.

Después de algún tiempo, casi un mes, le permitieron irse a su casa, a pasar parte del día en un sillón de descanso y parte recostado en la cama. Días eternos sin hacer nada, leyendo sólo el periódico, y eso después de una gran insistencia de su parte. Contando las horas, los minutos, esperando que se fuera la mañana y viniera la tarde, después la noche, otro día, otro, y así... Aguardando con verdadera ansiedad, que fuera algún amigo a platicar un rato. Casi a diario les preguntaba, con marcada impaciencia, a los médicos cuándo estaría bien, cuándo podría reanudar su vida ordinaria. —Vamos bien, espere un poco más. —Tenga calma, estas cosas son muy serias y no se pueden arreglar tan rápido como uno quisiera. Ayúdenos usted... —Y así era siempre. Nunca pensó que le llegara a pasar una cosa semejante, él que siempre había sido un hombre tan sano y tan lleno de actividad. Que tuviera de pronto que interrumpir el ritmo de su vida y encontrarse clavado en un sillón de descanso allí, en su casa donde, desde

algunos años atrás, no iba sino a dormir, casi siempre en plena madrugada; a comer de vez en cuando (los cumpleaños de sus hijos y algunos domingos que pasaba con ellos). En la actualidad, con su mujer sólo hablaba lo más indispensable, cosas referentes a los muchachos que era necesario discutir o resolver de común acuerdo, o cuando tenían algún compromiso social, de asistir o de recibir en su casa. El alejamiento había surgido a los pocos años de matrimonio. Él no podía atarse a una sola mujer, era demasiado inquieto, tal vez demasiado insatisfecho. Ella no lo había comprendido. Reproches, escenas desagradables, caras largas... hasta que al fin acabó



por desentenderse totalmente de ella y hacer su vida como mejor le complacía. No hubo divorcio; su mujer no admitía esas soluciones anticatólicas, y se concretaron sólo a ser padres para los hijos y a cumplir los compromisos sociales inevitables. Había llegado a serle tan extraña que ya no sabía qué platicarle ni qué decirle. Ella lo atendía con marcada solicitud, que no llegaba a entender si era todavía un poco de afecto, sentido del deber, o tal vez lástima de verlo tan enfermo. Como fuera se sentía bastante incómodo ante ella, no porque sintiera remordimientos de ninguna especie, nunca había tenido remordimientos en la vida, había hecho y hacía lo que quería, sólo su propio yo tenía validez, los otros funcionaban en relación con su deseo.

Pocos amigos lo visitaban, los más íntimos: —“¿cómo te sientes?”, —“¿qué tal va ese ánimo?”, —“hoy te ves muy bien”, —“hay que darse valor, animarse”, —“pronto estarás bien”, —“tienes muy buen semblante, no pareces enfermo”— (entonces sentía unos deseos incontrolables de gritar que no estaba enfermo del semblante, que cómo podían ser tan imbéciles), pero se contenía, lo decían seguramente de buena fe, además no era justo portarse grosero con quienes iban a platicar un rato con él y a distraerlo un poco. Esto era lo único que tenía y los ratos que pasaba con sus hijos cuando no iban a clases.

Todos los días aguardaba el momento en que su mujer se metía bajo la regadera, entonces descolgaba el teléfono y en voz muy baja le hablaba a Raquel. A veces ella le contestaba al primer timbre; otras tardaba; otras no contestaba, él imaginaba entonces cosas que lo torturaban terriblemente: la veía en la cama, en completo abandono, acompañada todavía, sin oír siquiera el timbre del teléfono, sin acordarse ya de él, de todas sus promesas... En esos momentos quería aventar el teléfono y las mantas que le calentaban las piernas, y correr, llegar rápido, sorprenderla (todas eran iguales, mentirosas, falsas, traidoras, “el muerto al hoyo y el vivo al pollo”, miserables, vendidas, cínicas, poca cosa, pero de él no se burlaría, la pondría en su lugar, la botaría a la calle donde debía estar, la enseñaría a que aprendiera a comportarse, a ser decente, se buscaría otra muchacha mejor y se la pondría enfrente, ya vería la tal Raquel, ya vería...). Pálido como un muerto y todo tembloroso, pedía a gritos un poco de agua y la pastilla calmante. Otro día ella contestaba el teléfono rápidamente y todo se le olvidaba.

Los días seguían pasando y no sentía ninguna mejoría. —Debe usted tener paciencia, ésta es una cosa lenta, ya se lo hemos dicho, espere un poco más—. Pero él empezó a observar cosas bastante evidentes: las medicinas que disminuían o se tornaban en simples calmantes, pocas radiografías, menos electrocardiogramas, las visitas de los médicos cada vez más cortas y sin comentarios, el permiso para ver a su secretaria y tratar con ella los asuntos más urgentes, la notable preocupación que asomaba a los rostros de su mujer y de sus hijos, su solicitud exagerada al no querer ya casi dejarlo solo, sus miradas llenas de ternura... Desde algunos días atrás su mujer dejaba abierta la puerta de la recámara, contigua a la de él, y varias veces durante la noche le daba vueltas con el pretexto de ver si necesitaba algo. Una noche que no dormía la escuchó sollozar. No tuvo más dudas entonces, ni abrigó más esperanzas. Lo entendió todo de golpe, no tenía remedio y el fin era tal vez cercano. Experimentó otro desgarramiento, más hondo aún que el del ataque. El dolor sin límite ni esperanza de quien conoce de pronto su sentencia y no puede esperar ya nada sino la muerte; de quien tiene que dejarlo todo cuando menos lo pensaba, cuando tenía todo organizado para la vida, para el bienestar físico y económico; cuando había logrado cimentar una envidiable situación; cuando tenía tres muchachos inteligentes y hermosos a punto de convertirse en hombres, cuando tenía una chica como Raquel. La muerte no había estado nunca en sus planes ni en su pensamiento. Ni aun cuando moría algún amigo o algún familiar nunca pensaba en la suya, se sentía lleno de vida, de energías. ¡Tenía tantos proyectos, tantos negocios planeados, quería tantas cosas para sus muchachos! Deseó ardientemente, con toda su alma, encontrarse en otro día, sentado frente a su escritorio dictando en la grabadora, corriendo de aquí para allá, corriendo siempre para ganarle tiempo al tiempo. ¡Qué todo hubiera sido una horrible pesadilla! Pero lo más cruel era que no podía engañarse a sí mismo. Había ido observando día a día que su cuerpo le respondía cada vez menos, que la fatiga comenzaba a ser agobiante, la respiración más agitada.

Aquel descubrimiento lo hundió en un profundo abatimiento. Así pasó varios días, sin hablar, sin querer saber de sus negocios, sin importarle nada. Después y casi sin darse cuenta empezó, de tanto pensar y pensar en la muerte, a familiarizarse con ella, a adaptarse a la idea. Hubo veces en que casi se sintió afortunado por haber llegado a conocer su próximo fin y que no le hubiera pasado como a esas pobres gentes que se mueren de pronto y no dan tiempo a decirles “Jesús te ayude”; los que se mueren cuando están durmiendo y pasan de un sueño a otro sueño dejándolo todo sin arreglar. Era preferible saberlo y preparar por sí mismo las cosas: hacer su testamento correctamente, y también ¿por qué no? dejar las disposiciones para el entierro. Quería ser enterrado, en primer lugar, como lo merecía el hombre que había trabajado toda la vida hasta lograr una respetable posición económica y social y, en segundo término a su gusto y no a gusto y conveniencias de los demás. “Ya todo es igual, para qué tanta ostentación, son vanidades que ya no tienen sentido”, eso solían opinar siempre los familiares de los muertos. Pero para quien lo dejaba todo, sí tenía sentido que las dos o tres cosas últimas que se llevaba fueran de su gusto. Empezó por pensar cuál sería el cementerio más conveniente. El inglés tenía fama de ser el más distinguido y por lo tanto debía ser el más costoso. Allí había ido a enterrar a dos amigos y no lo había encontrado mal ni deprimente; parecía más bien un parque, con muchas estatuas y prados muy bien cuidados. Sin embargo se sentía allí una cierta frialdad establecida: todo simétrico, ordenado, exacto como la mentalidad de los ingleses y, para ser sincero consigo mismo, nunca le habían simpatizado, con su eterna careta de serenidad, tan metódicos, tan puntuales, tan llenos de puntos y comas. Siempre le costó mucho trabajo entenderse con ellos, las ocasiones que tuvo negocios terminaba frenético; eran minuciosos, detallistas y tan buenos financieros que le producían profundo fastidio. Él que era tan decidido en todas sus cosas, que se jugaba los negocios muchas veces por pura corazonada, que tomaba una decisión y había dicho su última palabra, que cerraba un negocio y pasaba inmediatamente a otro; los ingleses volvían al principio del asunto, hacían mil observaciones, establecían cláusulas, imponían mil condiciones, ¡vaya que eran latosos!... Mejor sería pensar en otro cementerio. Se acordó entonces del Jardín, allí donde estaba enterrada su tía Matilde. No cabía duda de que era el más bonito: fuera de la ciudad, en la montaña, lleno de luz, de aire, de sol, (por cierto que no supo nunca cómo había quedado el monumento de su tía, no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas, no por falta de voluntad, ¡claro!, su mujer le había contado que lo habían dejado bastante bien). Allí también estaba Pepe Antúnez, ¡tan buen amigo!, ¡y qué bueno era para una copa! nunca se doblaba, aguantaba hasta el final, ya cuando estaba alegre le gustaba oír canciones de Guty Cárdenas, y por más que le dijeron que dejara la copa nunca hizo caso. “Si no fuera por éstas, decía levantando la copa— y una o dos cosas más, ¡qué aburrida sería la vida!” Y se murió de eso. Él tampoco había sido malo para la copa: unos cuantos wiskys para hacer apetito, una botella de vino en la comida, después algún coñac o crema y, si no hubiera sido porque tenía demasiados negocios y le quedaba poco tiempo, a lo mejor habría acabado como el pobre Pepe... Pensó también en el Panteón Francés. Tenía su categoría, no cabía duda, pero realmente era el que menos le entusiasmaba porque era el que más parecía un cementerio —muy austero, depresivo—, y era extraño que fuera así, siendo como son los franceses tan llenos de vida y alegría... sobre todo ellas... Renée, Michele, Viviane... y sonrió complacido, ¡guapas muchachas! Siempre había pensado, más bien, cuando estaba por los cuarenta creía que tener una amante francesa daba categoría, y provocaba cierta envidia entre los amigos, pues había la creencia de que las francesas y las italianas conocían todos los secretos y misterios de la alcoba. Después con los años y la experiencia, había llegado a saber que el ardor y la sabiduría eróticos no eran rasgo racial, sino personal. Había tenido dos amantes francesas por aquel entonces, la otra no había sido nada serio. A Renée se la habían presentado en un coctel de la Embajada Francesa:

—Acabo de llegar y... estoy muy desorientada... no sé cómo empezar los estudios que he venido a hacer, usted sabe, un país desconocido...

—Lo que usted necesita es un padrino que la oriente, algo así como un tutor...

La mirada con que ella aceptó el ofrecimiento fue tan significativa, que él supo que podría aspirar a ser algo más que tutor. Y así fue, casi sin preámbulos ni rodeos se habían entendido. Con la misma naturalidad con que algunas mujeres toman un baño o se cepillan los dientes, aquellas niñas iban a la cama. Le había puesto un departamento chico pero agradable y acogedor, constaba de una pequeña estancia con cantina, una cocinita y un baño. En la estancia había un cauch forrado de terciopelo rojo que servía de asiento y cama, una mesa y dos libreros. Renée llevó solamente algunos libros, una máquina de escribir y sus objetos personales. Él le regaló un tocadiscos para que pudiera oír su música predilecta mientras estudiaba. Ella nunca cocinaba en el departamento. Decía que no le quedaba tiempo con las clases, tan pesadas, que tenía que llevar. Se quejaba siempre de que comía mal, en cualquier sitio barato; de su casa le enviaban una cantidad muy reducida para sus gastos. Los hermanos estudiaban aún, el padre, un abogado ya viejo, litigaba poco. Él no había podido soportar que Renée viviera así y le regaló una tarjeta del Diners' Club para que comiera bien donde quisiera. Al poco tiempo tuvo que cambiarla a otro departamento más grande, y, por supuesto, más costoso. Renée se lamentaba continuamente de que el departamento era demasiado reducido, de que se sentía asfixiar, de que los vecinos hacían mucho ruido y no la dejaban trabajar... Después tuvo que comprarle un automóvil, pues perdía mucho tiempo en ir y venir de la escuela, los camiones siempre iban llenos de gente sucia y de pelados que la asediaban con sus impertinencias, a veces hasta necesitaba pedir ayuda, ¡y claro que él no podía permitir esas cosas! Renée le había gustado bastante, era cierto, pero nunca se había apasionado por ella. La relación duró como un año. Después ella empezó a no dejarse ver tan seguido, "tenía mucho que estudiar, no había aprobado una materia, la quería presentar a título de suficiencia, un compañero la iba a preparar"... "Cuando ella tenía que estudiar, lo cual era casi todas las noches, él pasaba a llevarle una caja de chocolates o algunos bocadillos, ella abría la puerta y recibía el obsequio pero no le permitía entrar, "estando él, no podría estudiar y tenía que presentar el examen", le daba un beso rápido y cerraba la puerta con un *au revoir chéri*. Él se marchaba entonces un poco fastidiado en busca de algún amigo para ir a ver una variedad, o a tomar algunas copas antes de irse a dormir a su casa... Aquel día le había llevado los chocolates para que se le hiciera menos pesado el estudio. Se había despedido y, ya se iba, cuando notó que llevaba desanudada la cinta de un zapato, se había agachado para amarrársela, pegado casi a la puerta del departamento, entonces había escuchado las risas de ellos y algunos comentarios: —Ya nos trajeron nuestros chocolates—, —¡pobre viejo tonto!—, decía el muchacho, después más risas, después... ¡Lo que había sentido! Toda la sangre se le subió de pronto a la cabeza, quiso tirar la puerta y sorprenderlos, golpear, gritar; y no estaba enamorado, era su orgullo, su vanidad de macho por primera vez ofendida. ¡Qué buena jugada le había hecho la francesita! Encendió un cigarrillo y le dio varias fumadas. No valía la pena, había reflexionado de pronto, sólo quedaría en ridículo, o a lo mejor se le pasaba la mano y mataba al muchacho y, ¿entonces?, ¡qué escándalo en los periódicos!, un hombre de su posición engañado por un estudiantillo, ¡daba risa! Sus amigos se burlarían de él hasta el fin de su vida, las bromas que le harían, se las podía imaginar. Además sus hijos se enterarían, la familia, los clientes que lo juzgaban una persona tan seria y honorable... No, de ninguna manera se comprometería con un asunto de tal índole. Tomó el elevador y salió del edificio, estacionó su carro a cierta distancia y esperó fumando cigarro tras cigarro: Quería saber a qué hora salía el muchacho, para estar totalmente seguro. Esperó hasta las siete de la mañana; lo vio salir arreglándose el cabello, bostezando... Ella lo había buscado después muchas veces. Llamaba a su oficina, lo esperaba a la entrada, lo buscaba en los bares acostumbrados. Él había permanecido inabordable; ya no le interesaba: había miles como ella, o mejores. Michele no había significado nada, se había acostado con ella dos o tres veces, y era mucho, pues todos sus amigos y casi media ciudad, habían pasado sólo una vez por su lecho; tenía la cualidad de ser muy aburrida y la obsesión de casarse con quien se dejara, además era larga y flacucha, no tenía nada... Se decidió final-

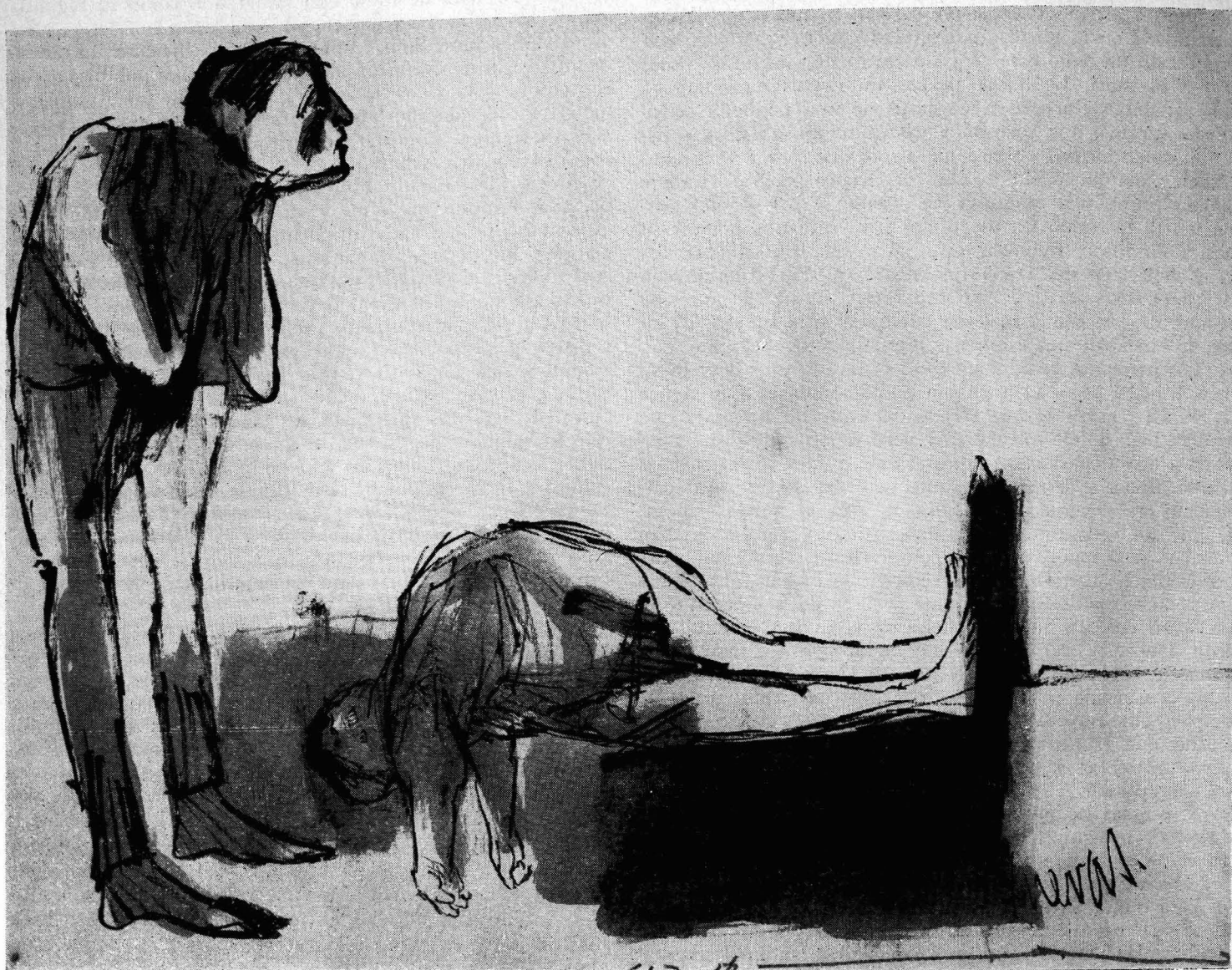
mente por el Cementerio Jardín, quedaría cerca de su tía Matilde. Después de todo, ella había sido como su segunda madre, los había recogido cuando quedaron huérfanos y les dio cariño y protección. Ordenaría que le hicieran un monumento elegante y sobrio: una lápida de mármol negro con el nombre y la fecha solamente. Compraría una propiedad para toda la familia; que pasaran allí a la tía Matilde y a sus hermanos. Comprar una propiedad tenía sus ventajas: como inversión era bastante buena, pues los terrenos subían de precio rápidamente, aun los de los cementerios; aseguraba también que sus hijos y su mujer tuvieran donde ser enterrados, no era nada difícil que terminaran con la herencia que les dejara, ¡había visto tantos casos de herencias cuantiosas que eran dolorosamente dilapidadas! o, que por una mala administración, o incapacidad para los negocios, se acababan por completo. Su ataúd sería metálico, bien resistente y grande; no quería que le pasara lo que a Rocha: cuando había ido a su velorio tuvo la desagradable impresión de que lo habían metido en un caja que le quedaba chica. Pediría una carroza de las más elegantes y caras para que las gentes que vieran pasar su entierro dijeran: debe haber sido alguna persona muy importante y muy rica. En cuanto a la agencia funeraria donde sería velado no existía problema, pues Gayosso era lo mejor que había. Todas estas disposiciones irían incluidas en el testamento que pensaba entregar a su abogado y que debería ser abierto tan pronto él muriera para que la familia tuviera tiempo de cumplir sus últimos deseos.

Los días empezaron a hacerse cortos. A fuerza de pensar y pensar se le iban las horas sin sentir. Ya no sufría esperando las visitas de los amigos, por el contrario deseaba que no fueran a interrumpirlo ni que su secretaria llegara a informarlo o a consultarle cosas de sus negocios. La familia se hacía conjeturas al observar el cambio que había experimentado después de haber estado sumido tantos días en aquel hondo abatimiento. Se le veía entusiasmado con algo que planeaba; sus ojos tenían otra vez brillo. Permanecía callado, era cierto, pero ocupado tal vez en algo muy importante. Llegaron a pensar que estaría madurando algún negocio espectacular de esos que solía realizar. Para ellos este cambio fue un alivio, pues su abatimiento les hacía más dura la sentencia que se cernía sobre él.

Principió por escribir el testamento, las disposiciones para el entierro las dejaría para el final, ya que estaban totalmente planeadas y resueltas. La fortuna —fincas, acciones, dinero en efectivo— sería repartida por partes iguales entre su mujer y sus tres hijos; su mujer quedaría como albacea hasta que los muchachos hubieran terminado sus carreras y estuvieran en condiciones de iniciar un trabajo. A Raquel le dejaría la casa que le había puesto y una cantidad de dinero suficiente para que hiciera algún negocio que le asegurara algo para vivir. Para su hermana Sofía, algunas acciones de petróleo; la pobre nunca estaba muy holgada en cuestión de dinero, con tantos hijos y con Emilio que casi siempre terminaba mal en todos los negocios que emprendía. A su secretaria le dejaría aquella casa que tenía en la colonia del Valle: había sido tan paciente con él, tan fiel y servicial, tenía casi quince años a su servicio... Su hermano Pascual no necesitaba nada, tenía casi tanto como él. Pero su tía Carmen sí, aunque era cierto que nunca tuvo gran cariño por aquella vieja neurasténica que siempre lo estaba regañando y censurando; en fin, así era la pobre y ya estaba tan vieja que le quedaría sin duda poco tiempo de vida, que por lo menos ese tiempo tuviera todo lo que se le antojara.

Tardó varios días en escribir el testamento manuscrito. No quería que nadie se enterara de su contenido hasta el momento oportuno. Escribía en los pocos ratos en que lo dejaban solo. Cuando alguien llegaba, escondía los papeles en el escritorio y cerraba con llave el cajón. Todo había quedado perfectamente aclarado para no dar lugar a confusiones y pleitos, era un testamento bien organizado y justo, no defraudaría a nadie. Sólo faltaba agregar allí las disposiciones para el entierro, lo cual haría en cualquier otro momento.

Había dos cosas que deseaba ardientemente y quería realizar antes de morir. Salir a la calle por última vez, caminar solo, sin que nadie lo vigilara y sin que nadie en su casa se enterara, caminar como una de esas pobres gentes que transitan tranquilamente sin saber que llevan ya su muerte al lado y que al cruzar una calle un carro las atropella y las



mata, o se mueren cuando están leyendo el periódico mientras hacen cola para esperar su camión; quería también volver a ver a Raquel, ¡había pasado mucho tiempo sin verla, la había extrañado tanto!... la última vez que estuvieron juntos cenaron fuera de la ciudad; el lugar era íntimo y agradable, muy poca luz, la música asordada, lenta... A las tres copas Raquel había querido bailar; él se había negado: le parecía ridículo a su edad, podía encontrarse con algún conocido, eso ya no era para él; pero ella insistió, insistió y ya no pudo negarse. Recordaba aún el contacto de su cuerpo tan generosamente dotado, su olor de mujer joven y limpia y, como si hubiera tenido un presentimiento, la había estrechado más. Cuando la fue a dejar a su casa, no se quedó con ella; no se sentía bien, tenía una extraña sensación de ansiedad, algo raro que le oprimía el pecho, lo sofocaba y le dificultaba la respiración; apenas había podido llegar a su casa y abrir el garage... Cumpliría esos deseos, sin avisarle a nadie se escaparía. Después de la comida resultaría fácil: su mujer dormía siempre una pequeña siesta y los sirvientes hacían una larga sobremesa. Él pasaba siempre las tardes en la biblioteca donde había una puerta que comunicaba con el garage, por allí saldría sin ser visto. En el closet de la biblioteca tenía abrigo y gabardina... Cuando regresara les explicaría todo, ellos entenderían. En su situación ya nada podía hacerle mal, su muerte era irremediable. Se quedara sentado inmóvil como un tronco o saliera a caminar, para el caso ya todo era igual... En aquel momento entró su mujer: la tarde estaba fría, llovía un poco, era mejor irse a la cama. Accedió de buena gana y se dejó llevar. Antes de dormirse volvió a pensar con gran regocijo que al día siguiente haría su última salida. Se sentía tan emocionado como el muchacho que se va por primera vez de parranda: vería a Raquel, vería otra vez las calles, caminaría por ellas...

Estaba en la biblioteca, como de costumbre, en su eterno sillón de descanso. No se escuchaba el menor ruido. Parecía que no había un alma en toda la casa. Sonrió complacido: todo iba a resultarle más fácil de lo que había pensado. Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se decidió a salir. Sacó del closet la gabardina, una bufanda de lana y un sombrero. Se arregló correctamente y escuchó pegado a la puerta, pero no había la menor señal de vida en aquella casa, todo era silencio absoluto. Bastante tranquilo salió por la puerta del garage, no sin antes haberse colocado unos gruesos lentes oscuros para no ser reconocido, quería caminar solo por donde él quisiera. La tarde era gris y algo fría, tarde de otoño ya casi invierno. Se acomodó la bufanda y se subió el cuello de la gabardina, se alejó de la casa lo más rápido que pudo. Después, confiado, aminó el paso y se detuvo a comprar cigarrillos. Encendió uno y lo saboreó con gran deleite, ¡tanto tiempo sin fumar! Al principio pedía siempre a sus amigos que le llevaran cigarrillos, nunca lo hicieron, después no volvió a pedirlos. Caminó un rato sin rumbo, hasta que se dio cuenta de que iba en dirección contraria a la casa de Raquel y cambió su camino. Al llegar a una esquina se detuvo: venía un cortejo fúnebre y ya no le daba tiempo de atravesar la calle. Esperaría. Pasaron primero unos camiones especiales llenos de personas enlutadas, después siguió una carroza negra, nada ostentosa, común y corriente, sin galas, "debía ser un entierro modesto". Sin embargo detrás de la carroza, varios camiones llevaban grandes ofrendas florales, coronas enormes y costosas, "entonces se trataba de alguna persona importante". Venía después el automóvil de los deudos, un Cadillac negro último modelo, "igual al de él". Al pasar el coche pudo distinguir en su interior las caras desencajadas y pálidas de sus hijos y a su mujer que, sacudida por incontables sollozos, se tapaba la boca con un pañuelo para no gritar.